

LIBRO CUARTO

EL CASTIGO

1

LA ALIANZA.

Es el 25 de Enero de 1526.

La tarde va á extinguirse. La luz del sol no es ya mas que una azulada claridad que flota sobre las montañas. Ligeras nubecillas de nácar, perseguidas por una ráfaga del cierzo, vuelan como buscando el ala maternal, y se posan tiritando sobre las cumbres.

El lago de Texcoco parece que comienza á entrar en la quietud precursora del sueño. Por su anchurosa superficie se dilatan las primeras nieblas de la noche. Todo calla. Solo queda, como perdido en la llanura, el canto desapacible que la rana, medio oculta entre los carrizales, levanta saludando á la primera estrella que fulgura tras de los velos del crepúsculo.

Una barca silenciosa corta el espejo de las aguas y dirige el rumbo hácia un cerrillo que por el lado del Sureste

se alza cobijado por la sombra de la cordillera, y hunde en el lago su falda orlada de verdura.

Aquel cerro es el Huixaahtecatli. Allí era Iztapalapa, delicioso verjel donde se celebraban las fiestas de la espiracion del siglo. Hoy no es mas que un desierto donde algunas casas blanquean como los huesos de un cementerio. Las aguas le han abandonado; los huertos, el palacio y los templos se convirtieron en cenizas, y las cenizas se desperdigaron.....

La barca habia llegado al Huixaahtecatli; pero en vez de internarse por el canal formado entre los jardines flotantes, pasó de largo y fué á atracar en un punto lejano, donde la ribera se cubria de bosques impenetrables de carrizo. Tres hombres saltaron de la barca, y metiéndose hasta las rodillas, comenzaron á andar uno tras otro, siguiendo una vereda escondida entre los troncos del cañaveral. Al cabo de unos cuantos minutos de marcha llegaron á tierra, atravesaron una extensa llanura, y ya de noche llegaron á la puerta de una cabaña, la única en aquellas soledades. Dos ó tres lucecillas en el horizonte, indicaban el sitio de la ciudad lejana.

—Aquí es,—dijo alguno.

—Sí,—dijo otro de los caminantes impulsando suavemente la puerta.

Esta se abrió, dejando ver el fondo de la cabaña, iluminado apenas por un sucio farolillo: de un rincon se levantó un hombre, y acercóse á los viajeros con ademán de temor y desconfianza.

—Qué quereis?—preguntó, diciendo estas palabras en el idioma de los indios.

—Acércate,—replicó el otro. Despues, cuando el azteca se hubo aproximado, le dijo algunas palabras al oido.

Esto produjo un cambio en la fisonomía y el ademán del azteca.

—Espera!.....—dijo;—y salió apresuradamente de la cabaña, y dió á correr, sin que ninguno de los circunstancias pudiese adivinar por qué rumbo extraviaba sus pasos aquel hijo del silencio.

Pasó media hora.

—Por el diablo!—dijo una voz;—está escarchando, y este maldito indio se olvida de nosotros.

—Paciencia, señor Salazar,—repuso una voz grave y gangosa;—paciencia, que á mí tambien me llevan todos los diablos, y no digó ni esta boca es mia.

—Canario!..... vos, padre, teneis hecho un voto de paciencia.....

—Bien..... desesperáos.

—Silencio!.....—dijo el otro personaje que habia permanecido indiferente al diálogo;—álguien viene.....

Los tres fijaron el oido en la extension, tratando de percibir algun rumor traído en las ondulaciones del viento.

—Será ese bestia?—preguntó Salazar.

—No, dijo el desconocido;—las voces que he creído oír, suenan por rumbo opuesto. Veamos.. ...

—Oís algo, Fray Roque?—dijo el gobernador.

—Sí.....—repuso el fraile;—creo que no se engaña Don Pedro..... yo escucho cierto ruido de pasos..... oís, señor Negromonte?

De repente se escuchó una carrera, y apareció el habitante de la cabaña.

—Bah!—dijo Salazar;—hé aquí los pasos y las voces que habeis oído.....

—Marchemos,—dijo Negromonte á sus compañeros.

El azteca tomó el farol de su cabaña, cerró la puerta, y seguido por Salazar, Fray Roque y Negromonte, se entró por la espesura de los matorrales.....

.....

—Valor, qué demonio! ya casi estamos al fin de la jornada..... sin embargo, os juro que me voy fastidiando. Mucho hemos andado, y yo me siento tan rendido como debeis estarlo vos; no hay duda..... pero no hay remedio; ya que estamos aquí, seria imprudencia detenerse..... adelante!..... vamos á Dios y á la ventura.

Tal decia Jorge Villadiego á Juana la hija de Zapata, mientras ambos, asidos de la mano, atravesaban por el mismo sitio que poco antes cruzaban los compañeros de Negromonte para llegar á la cabaña.

—Decís que ya debemos estar cerca?—preguntó Juanita.

—Mucho, señora,—replicó Villadiego;—pero comienzo á creer.....

—Qué cosa?

—Tal vez nos hemos extraviado.

—Cómo! ahora salís con eso?.....

—Señora..... la empresa..... nada tiene de difícil..... pero os confieso que es muy superior á mis fuerzas..... esto requeriria informes y tiempo, tiempo antes que todo.

—Pero no teníais tanta seguridad?

—Nunca la he tenido, señora.

—Bah! os chanceais, caballero..... no decíais que todas las señas que hemos hallado en el camino coincidían con vuestros recuerdos?

—Sí..... mas.....

—Veamos,—añadió Juanita deteniéndose;—habeis di-

cho que los indios os metieron á una cueva..... por qué creísteis que era en el lago y no en los canales de la ciudad?.....

—Toma! primero por el aire, que era completamente libre; luego por la falta de ese olor de diablo que sale del fondo del canal removido por el remo; despues, por el silencio que parece crecer con la extension y la profundidad de las aguas; despues por las conversaciones de los indios, callados mientras yo vagaba en las acequias, como lo indicaba el ladrido de los perros de la ciudad, y el eco de algunas campanadas, y el ¡alerta! del palacio y de la fortaleza..... despues.....

—Adelante.....

—En cuanto al rumbo.....

—Es claro; solo por el lado de Iztapalapa se arrastran y dan topes las canoas. ¿No os acordais que las embarcaciones de Cortés no pudieron acercarse á este punto?

—Sí, tal..... allá el piloto de nuestro bergantín nos dijo que las aguas se habrán retirado del Huixaahtecatí en el espacio de dos años

—Bien.....

—Ahora no me cabe duda..... el tiempo que duró la navegacion y el grato olor que se percibe al aproximarse á las chinampas, y otra vez el ladrido de algunos perros y el rumor de cascada que se levanta de los carrizales, eran una prueba que, añadida á las otras, me daba entera certidumbre de que tocábamos al pueblo..... yo he recorrido ese camino cinco veces..... á ser otro por el que anduvimos aquella noche, yo hubiera desconocido hasta los ecos. Ahora yo he pisado el sitio en que nos encontramos en este instante; he sentido resonar este pedregal bajo

mis plantas; en estos varejones se prendian los pliegues de mis calzas, y en estas espinas se arañaban mis manos.

—Entonces,—dijo Juana;—por qué creéis haberos extraviado?

—Cómo por qué?..... señora..... porque aquí concluyen mis observaciones; no sé mas, sino que nos detuvimos un momento y comencé á bajar por una rampa.....

—No habíais salido del zarzal?

—No.....

—Luego la entrada de esa cueva debe ocultarse aquí, no lo pongais en duda.....

—Y qué se adelanta con saberlo?.....

—Venid; el paso continuo de los indios debe haber formado una vereda..... busquémosla.....

—Calle!—exclamó Villadiego estrechando la mano de la jóven;—mirad!.....

—Qué?..... adónde?.....

—Ahí..... no distinguís nada?.....

—No.....

—Por mi madre!.... .creo que Dios nos ayuda..... mirad esa luz!..... canario!..... que me despellejen si no son esos caribes que vienen á visitar su cueva.....

—Ah!..... sí..... ya veo;—murmuró Juana.

En efecto, á media milla de nuestros personajes se alcanzaba á ver una luz que, perdiéndose y reapareciendo alternativamente, indicaba su marcha tras de los arbustos lejanos.

—Ellos son!—repitió Villadiego.

—Callad!..... por Dios!—exclamó Juana cubriendo con su linda mano la boca de su imprudente compañero;—recatad vuestros pasos, y adelantemos todo lo que nos sea posible para seguir esa linterna..... venid.....

Juana asió á Jorge por una punta del ferreruelo, y comenzó á caminar silenciosamente por los claros que ofrecia el laberinto de los breñales. La luz se habia detenido.

Conforme se acercaban á ella, Juana y Villadiego hacian mas lenta y cautelosa su marcha. Pronto llegaron á un lugar donde era peligroso no detenerse. Oíase ya el rumor de una conversacion, se distinguian dos ó tres sombras, y la luz aparecia distintamente tras los vidrios del farolillo.

No era posible entender lo que decian aquellos bultos; mientras dos de ellos hablaban en voz muy baja, el que tenia la luz la habia colocado sobre una piedra y se inclinaba metiendo medio cuerpo entre un grupo espeso de follaje.

La luz desapareció repentinamente; oyóse en seguida un ruido sordo, y todo volvió á quedar en silencio.

Juana se mantuvo quieta algunos instantes. Cuando estuvo cierta de que nadie podia verla ni escuchar sus pasos, dirigióse resueltamente al punto donde se habian perdido aquellos hombres.

—Qué vais á hacer?—exclamó Villadiego deteniéndola.

—Silencio!.....—replicó Juana;—seguidme.....

Al fin de unos cincuenta pasos, Juana se detuvo junto á la misma piedra donde habia brillado el farolillo.

—Haced luz,—dijo á Villadiego.

—Qué?... señora!—exclamó este;—vais á perderos.....

—No importa.

—Mirad que.....

—Dadme acá los avíos, y volvéos á la ciudad, si es que temeis un contratiempo.

—Pero..... no seria mas prudente que nos volviésemos los dos, señora?.....

—Bien; pero antes es preciso que descubramos la entra-

da de este escondite; veremos donde queda, señalaremos su sitio y el sendero para volver mañana. Haced luz.....

Villadiego sacó de un talegon que traia colgado al talabarte los numerosos instrumentos que eran necesarios en aquellas épocas para encender una linterna. Villadiego tardó quince minutos en encender la suya. Cuando estuvo en corriente la tomó Juana, y describió con el rayo de la luz un extenso semicírculo por aquel sitio, donde el llano comenzaba á erizarse con el saliente de las rocas; despues se volvió á Jorge, y designando un punto del matorral, dijo:

—Por aquí se han perdido; la entrada debe estar oculta en esta espesura. Guiad, señor Villadiego.

Este se terció la capa, y seguido por la jóven comenzó á penetrar, apartando á dos manos las ramas que se entrelazaban ante su paso.

A poco andar lanzó un ligero grito y se contuvo.

—Qué hay?—preguntó Juana.

—Acercáos,—replicó Villadiego haciendo su voz casi imperceptible.

Juana se acercó. A sus piés, y medio oculta por un peñasco, se abria la entrada de una cueva.

—Señora,—murmuró Villadiego al oido de Juana,—creo que ya estareis satisfecha, y que podremos retirarnos.

—Esperad..... yo quisiera ver si lográbamos descubrir algo de lo que vienen á hacer aquí esos hombres..... tendreis valor para bajar?.....

Villadiego dió un salto y clavó en la jóven una mirada indescriptible de sorpresa.

—Cómo!—exclamó;—quereis á toda costa que nos descuarticen?

Yo he prometido acompañaros á buscar este sitio, no á